

yo tambien te quiero mucho, mucho, ¿eh?  
¡mucho!!

Extático ante la inmensa alegría de su hija, Santiago Ferlac olvidaba todo. De súbito se acordó:

—Oye, Gabriela, vamos á ser ricos.

Y sentándose y poniéndola sobre sus rodillas, le contó lo bueno que había sido para con ellos el Niño Dios.

FIN



MADAME TEOPHILE

(DE TEOPHILE GAUTIER)



## MADAME THEOPHILE

---

Érase una gata de color alazán dorado, de pecho blanco, nariz rosada y pupilas azules. La llamábamos de ese modo, porque vivía con nosotros en grande intimidad: dormía al pie de nuestro lecho, dormitaba en los brazos de nuestro sillón mientras escribíamos, bajaba al jardín para acompañarnos en los paseos, y casi siempre que asistía á nuestras comidas, interceptaba, con su acostumbrada formalidad, el trozo que del plato nos llevábamos á la boca.

Cierta mañana, un amigo que debía emprender un pequeño viaje, resolvió confiarnos á su loro, previa súplica de que se lo cuidásemos bien, en tanto que él se hallara ausente.

El pájaro, azorado, como quien se siente en casa ajena, subía ayudándose con el pico,

á lo más alto de su percha y rondaba por allí. Clavos de sillón parecían sus ojos coronados por las membranas blancas que á manera de párpados fruncía.

Madame Téophile jamás había visto un loro, así es que ese animal, nuevo para ella, le causaba una sorpresa singular y evidente. Quieta, inmóvil, como el gato embalsamado de Egipto dentro su redecilla de bandeletas, veía al pájaro, lo observaba con profunda meditación, como reuniendo las nociones que de Historia Natural había podido aprender en los patios, en el jardín y sobre los techos. Por la sombra del pensamiento que á través de sus inquietas pupilas asomaba, dado nos fué apreciar este resumen de su inspección:

—Decididamente, es un pollo verde.

Adquirida semejante convicción, Madame saltó hacia abajo de la mesa donde había establecido su observatorio y fué á agazaparse en un rincón del cuarto, con el vientre en el suelo, los codos salidos y el resorte de la espina tendido, como la pantera negra del cuadro de Gerome acechando á las gacelas que van á refrescarse al lago.

El loro, por su parte, seguía los movi-

mientos de la gata con febril inquietud: esponjaba sus plumas; procuraba hacer grandes ruidos con la cadena, levantaba una pata agitando los dedos y pasaba y volvía á pasar el pico sobre los bordes de la cacerola. Su instinto le advertía la existencia de un enemigo preparándose para asestarle un golpe furibundo. En cuanto á la gata, fija su vista en el pájaro, con intensidad fascinadora, diciendo se hallaba en un lenguaje que nada de ambiguo tenía para que el bípedo lo entendiera perfectamente:

—Ese pollo, aunque verde, ha de estar bueno para comérselo.

Nosotros presenciábamos la escena con creciente y particular atención, prontos á intervenir, si fuese necesario. Madame Téophile se iba acercando cautelosa: temblándole la rosada nariz y entrecerrando sus vidriados ojos, salía y volvía á entrar con las garras contraídas.

Corríanle, por sobre el lomo, ligeros estremecimientos, denunciando el placer del golo-so que fuera á sentarse á la mesa, delante de un pavo trufado. Recreábase ya, por la

comida suculenta y rara que iba á hacer; aquel manjar exótico incitaba deliciosamente su sensualidad.

De pronto, su lomo se distiende, se hace curvo, y de un brinco, disparándose con elástico y vigoroso empuje ¡zas! viene á caer precisamente encima de la percha.

El loro que desde luego se da cuenta del peligro, clama con voz de bajo grave y profunda:

—¿Has almorzado, periquito loro?

Indecible es el susto que produjo la frase á nuestra gata, pues dió un salto tremendo hacia atrás. Una charanga de trompetas, una pila de loza que se estrella contra el suelo, un pistoletazo disparado junto á sus oídos, no le hubieran causado al felino, mayor terror. Todas sus ideas ornitológicas resultaron embrolladas, contradictorias.

El perico proseguía:

—¿Y con qué te regalaron?—Con bocado de rey. ¡Urre, urre!

La fisonomía de Madame expresó con la posible claridad:

—No es pájaro, es un señor, puesto que habla.

Y á continuación:

—«Cuando bebo del clarete  
Todo baila y se menea,  
Vueltas me da el gabinete  
¡Ea, ea, ea!»

cantó el loro con voz chillona, ensordecedora. Había comprendido, seguramente, que el espanto causado por la palabra, era su mejor medio de defensa.

La gata nos dirigió miradas interrogadoras, pero no satisfaciéndola, quizás, nuestra respuesta, fué á acurrucarse bajo una cama, de donde no pudimos hacerla salir en todo el día. A la mañana siguiente, tranquilizada ya un tanto, al parecer, intentó un nuevo ataque; mas como del mismo modo fracasara, acabó por admitir cual una gran verdad, confirmando sus sospechas, que el tal pájaro no era pájaro, sino persona.

